

Tres poemas de Jotamario Arbeláez

LAOTRA

REVISTA DE POESÍA + ARTES VISUALES + OTRAS LETRAS

PRESENTA

## En la fiesta de los muertos... milagro en Aguascalientes

A Alex Fleites

*En el nombre del Padre, que hizo toda cosa,  
Et de Don Ihesuchristo, fijo de la Gloriosa,  
Et de Spíritu Sancto que equal d'ellos posa.  
De un acontecer sancto quiero fer una prosa.*

Gonzalo de Berceo

*Decís que no es poesía.*

Jaime Jaramillo Escobar



La prodigiosa invitación a tres encuentros poéticos sucesivos en Monterrey, México y Aguascalientes, que en principio pensé atribuible a la acción de la Providencia, que tan bien me ha venido tratando,

resultaría ser intervención de la trinidad que tiene asiento en la capital del imperio azteca: mis poetas piramidales Margarito Cuéllar, José Ángel Leyva y Marco Antonio Campos, “Guardianes de los cuatro rumbos del Universo.

Espero que esta enumeración más bien prosaica por lo breve de los tres grandes,

no tienda a disminuir la lírica entelequia de mis versículos.

Se trataba de un privilegio que, sin embargo, debía declinar,

por cuanto en mi ciudad natal mi hermanita Mariú, la que conoce y cuenta los cuentos de la familia,

se enfrentaba con las pinzas quirúrgicas a las tenazas de un cáncer.

Este contar que me permito va sucediendo por estos días que culminan en la jubilosa celebración del Día de los Fieles Difuntos el martes 2 de noviembre de 2012,

con especial relieve en Aguascalientes, donde surgió José Guadalupe Posada, el hombre que puso a andar por el suelo de los vivos las calaveras desnudas y descalzas, sonrientes y bailoteantes que somos todos

y de quien surgió la Catrina, esa huesuda con su sombrero emplumado que vistiera con sus ricos y singulares holanes Diego Rivera, pintor de Fridas.



Determiné, después de tirar una moneda al cielo que no sé por qué no volvió a caer,

no ir a visitar a la muerte posada sobre el hombro derecho de mi hermanita, a quien prometí un regalillo,

sino aceptar la invitación de la Dueña a saludarla en su propia sede y en sus contradictorios festejos.

Abrí el libro de Gaitán Duran que suele acompañarme en mis viajes y allí estaba:

“Bebemos vino rojo. Esta es la fiesta / en que más recordamos a la muerte.”

La seña era evidente, vine por ella.

En Monterrey, al entrar en la Basílica de la Virgen de Guadalupe acompañado por el también pastor Margarito, a quien un cáncer reciente quiso llevárselo, pero supimos ponerle la zancadilla,

vi que salía una Catrina muy emperifollada, quien se me quedó mirando y me picó el ojo mientras se rascaba una nalga.

Todo su rostro era blanco, los labios punzados por líneas negras y con profundas ojeras.

Los regiomontanos lo vieron pero callaron. Lo único que me alcanzó a decir Margarito fue: “¡Abusado! No le hagas caso.”

No tenía noticias al minuto de Cali, por mis oídos entraba la voz de Mariú que me llamaba en las noches: Jotica, Jotica, Jotica.

Supuse que la sostenía la espera del regalito, o del milagrazo. Porque a pesar de que la operación había sido un éxito la paciente se impacientaba.

En el D.F. me acompañaron la editora María Luisa Passarge y la poeta Julia Erazo, ecuatoriana como mi madre, al mercado de artesanías,

y darán fe de mi devoción ante el hallazgo del ropón tejido con la virgen de Guadalupe y el ya también santificado pastor Juan Diego, reclinado a su vera, lo que me hizo chispear las lágrimas.

En mi adolescencia descreída pensaba que si lograba hacerme a una máscara de El Santo,

el luchador que al bajar del cuadrilátero continuaba su lucha contra todo mal y peligro sería invencible.

Y me doy con ella de frente en un tenderete de Aguascalientes, la compro emocionado

y desde ese momento la llevo puesta para pasmo de los colegas del mundo latino embebidos en sus incontrovertibles poemas.



Como en estas compras consumí el tiempo que tenía reservado para visitar la basílica

me dirigí a mi cuarto del Quality Inn, tendí el ropón sobre la cama y,  
acostado sobre el espacio a tamaño real de Juan Diego pero siendo yo  
el doble de santo, le dirigí la plegaria que improvisaba:

“Madre de Dios y de las criaturas que a ti acorremos en busca del  
socorrido milagro

que para ti puede que no sea más que desviar con tu dedo divino un  
ápice del peligro del tiempo,

preserva la vida de mi hermanita que en su lecho de enferma espera el  
presente sobre el que estoy tendido implorándote

y bajo el cual ella seguirá cantándote albricias. Amén”.

No dije más, porque en estos eventos poéticos hay que ser cortos con  
la palabra y largos con la propina, como reitera el munífico Marco Antonio.

La noche de anoche, señoras y señores, asistí al teatro Aguascalientes,

y a los asistentes poetas del mundo latino nos instalaron en la  
preferencial fila J,

a contemplar el espectacular *Primer fandango de calaveras*, más de  
cien esqueletos de todas las profesiones populares echando paso y bebiendo  
pulque en celebración de la vida

y burlándose de sí mismos alrededor del actor que posaba de Guadalupe.

La misma señora Catrina de Monterrey movía la cadera en escena, avanzó hacia el proscenio y me picó el otro ojo desde su ojera profunda mientras se rascaba la otra nalga.

Marco Antonio me clavó una mirada de inteligencia y por guardar el decoro me abstuve de visitarla en el camerino.

Fue lo mejor que pudiste haber hecho, me dijo José Ángel, advirtiéndome que por cualquier resquicio se me podría colar la Catrina, con no muy buenas intenciones, vale decir.

Por esa manía mía de husmear el sexo por todas partes, y más cuando me encuentro fervorosamente sólo,

me propuse soñar entrepernado con María Félix y Frida.

Mientras tratábamos de configurar el monstruo de tres espaldas sentí que algo me impedía participar adecuadamente,

y era la sospecha de que por el ojo de la cerradura nos acechaba para pintarnos el ladino de Diego.

Lo cual no sé por qué me resultaba una pesadilla,

tal vez por la máscara de El Santo que no acaté a retirarme.

Decidí despertar y sentarme a referir este fandango surrealista. Pero una vez despierto qué veo sino un gran sombrero con plumas sobre la almohada,

evidentemente la misma Catrina ojerosa dándome la espalda carnuda y dispuesta a todo, picándome el otro ojo mientras quien debía rascar era yo.

Huelga decir que volví a la ficción del sueño inmediatamente. La realidad me mataba del susto. Clavé pico para librarme de la succulenta tentación de entrar en las escatológicas oscuridades de la muerte profunda.

Pero antes, me acerque y le susurré tenuemente al oído, mientras el otro descansaba sobre la corona de la virgen de Guadalupe que había dejado tendida:

*“Calavera soy por dentro  
Y por fuera soy también  
Calavera a mi manera  
De la cabeza a los pies*

*Que si la muerte se acerca  
A casa de mis parientes  
Sea para bailar fandango  
Como vi en Aguascalientes*

*Guárdeme pues Guadalupe  
Virgen de las acechanzas  
Y adjudíquele estas chanzas  
A Posada Guadalupe”*



Al despertar de verdad, si es verdad que ya estoy despierto, encontré un papelito redactado con letra huesuda que decía:

“Me has vencido, tarugo, por el momento. Me llevo uno de tus libros, *Culito de rana*, el que despreciaste, y donde estás en paños menores. Pero eso sí, la próxima vez que te vea, por tu madre que me lo firmas”.

Por primera vez -como tanto me había repicado mi hermano Jan Arb en sus trances místicos-, el castigar la carne con la abstinencia me salvaba de quedar en los puros huesos.

Cuando emergí de la tina no encontré el noble recado, al que pensaba sacarle fotocopias para los poetas del mundo latino que aún son incrédulos,

pero la camarera Challo me dijo que se había asustado con ese papelucho y lo había mandado a la alcantarilla.

Acabo de telefonar a casa de la familia, en Cali, Colombia, y están de fiesta con mariachis desde tempranas horas,

pues contra todo pronóstico y luego de un postoperatorio de miedo,

los médicos han dado de alta a mi hermanita Mariú, sorprendidos por la insólita recuperación.

Abro de nuevo el libro de Gaitán Durán y me salta la oración que esperaba: “No pudo la muerte vencerme. / Batallé y viví.”

Gracias Virgencita de Guadalupe... y Posada.

*Aguascalientes, Oct. 30-12*

## La vida por delante

Despierta y mírame sentado a tu lado, después de tu temporada en la clínica y yo por México,

contemplándote tendida con el corazón más tranquilo, en tu casa, al fin, hermanita,

con tu esposo abnegado acorriéndote con el agua y las medicinas, tratando de que comas cada día un poquito más, para que no decaigas y salgas a flote sobre esta tabla de salvación que te tendemos todos los que por tu suerte velamos.

El cáncer, gracias a los médicos Reyes y Echeverry, los otros cuatro galenos y a la Virgen de Guadalupe que fue sensible a mis ruegos, ya tomó las de Villadiego.

Ahora sólo queda la recuperación del cuerpo que deberás encarar con toda tu alma.

Abre bien los ojos que estoy hablándote. Te estoy viendo cuando naciste por el año 50, en San Nicolás, que era un barrio tranquilo de clase media,

en la cuarta, a sesenta metros de la tienda La Miscelánea, enseguida de la casa donde vivía la familia de Hernán Peláez,

de cuya hermana Sonia heredaste el triciclo con plataforma que le trajera su tía Paulina de los Yunaits, enfrente de la tintorería Royal,

más allacito quedaba la Pensión Valle, donde nuestro tío Picuenigua iba a tomar aguardiente y a gritar en dúo con Benjamín Londoño: Viva el partido liberal, en claro desafío a los chulavitas,

y de allí nuestro querido padre sastre Jesús nos llevó a residencia propia en el barrio Jesús Obrero, donde instaló la casa de las agujas,

apenas un mes antes de que explotaran los camiones con dinamita en la 25

dejando para siempre el tiempo paralizado “en la una temprano”, en los relojes alemanes de la iglesia San Nicolás.

De allí pasó la familia, con el esfuerzo tuyo y de las otras hermanas, a San Fernando,

donde el primer cáncer de la familia vino a llevarse a papá con todo y sombrero.

De allí se trasladaron a El Templete, y luego a la casa definitiva de Guadalupe, donde nació tu Lina y aun viven Toño y Cecilia y es el refugio de todos cuando llegamos.

De allí pasaste a Patios de La Flora, donde adquiriste con tus cesantías de Colmena este sitio con la más bella vista a la vida.

Me acuerdo, como si ayer no más fuera, que comenzaste a trabajar en el Palacio de Justicia cuando Armando Holguín era juez, luego en Las Arcadas,

y luego te desempeñaste como la hormiguita que eres, estrenando tus lindas blusas y cuidando las medias de las latas de los buses,

en Acopi, Marcali, el Colegio Bolívar y finalmente en Colmena.

Viajaste a Panamá invitada por el tío abuelo Moisés, quien te contó la historia pormenorizada y en ocasiones escabrosa de cada uno de los Arbeláez de Rionegro, que es la base de *La casa de la agujas*,

novela que no terminaré sin el concurso de tu memoria y de tu gracejo.

Vengo de almorzar cangrejo con los hidalgos payaneses Adolfo Vera Delgado y Juan José Saavedra, quienes superaron sus cánceres,

te envían albricias y parabienes y te inscriben en el club de los vencedores.

Descansa, déjame ponerte otra almohada para que te reclines mejor.

Voy a cubrirte con el ropón de la Virgen de Guadalupe que te traje de Aguascalientes.

No me mires así, como disculpándote por lo que estás padeciendo.

Con gusto te prestaría mi cuerpo para que depositaras en él tus dolores.

Ahora que llegó nuestro hermano Jan Arb, o Toñito, que se ha pasado la vida conjurando la moribundia,

permíteme guardar tu mano en las mías mientras él entona sus oraciones que yo acolitaré.

Para empezar, aquí te dejo mi libro *Culito de rana*, que presupone un ensalmo, sana que sana.

Porque ya también creo, hermanita, y estoy seguro que entre todos lograremos posponer el destino.

Por aquí andan Stella y Graciela, Elizabeth y Cecilia, Martica acaba de llamar de Miami preguntando por ti,

mejor dicho aquí estamos todos rodeándote con tu Carlos y Carlos Mario porque Lina está trabajando.

En un mes se casa tu hija, y ese inmenso motivo de regocijo te dará más alientos de vida.

Aquí vendré con los míos, mi querida Mariú, para estar contigo en primera fila mientras se celebran los gloriosos desposorios.

Dame tu gracia así como siempre me diste los temas de mis poemas,  
perdóname cualquier ofensa de adolescencia

y sigue acompañándome en esta vida por los caminos que conducen al Padre.

*Cali. Nov. 5-12*

La casa paterna

Qué belleza lo que es la casa, con toda su gente adentro. A veces en silencio, casi siempre de algarabía.

Haciendo turno para el baño y el inodoro, desayunando juntos huevos revueltos, saliendo a coger el bus para el colegio o para el trabajo,

lavando la ropa sucia, cambiándoles el periódico a los canarios, regando las matas secas,

prendiendo velas, atendiendo visitas, yendo al mercado.

La casa, además de las tejas y las baldosas, de las habitaciones y de los patios por donde cae el sol a entibiar a sus moradores, es el alma de la familia de la que tomamos el aire que nos distingue.

Se van muriendo los abuelos, los que imponen la impronta del gentilicio, las costumbres inquebrantables, las remembranzas antepasadas y los giros verbales;

después los padres se van yendo -los que aportaron el alpiste y empistaron a su pollada-, de los males de la vejez, casi todos en sus camas de la coyunda reproduciendo la muerte del justo, con el ángel de cabecera.

Pero la casa familiar queda firme sobre sus puertas, abierta para todos toda la vida.

Porque los hijos van tomando camino, los que hicieron el viaje del matrimonio, los que se instalaron en otra cuadra, en otra ciudad o en otro país,

y también los que se quedaron, los que la cuidan y la barren y la trapean

y celebran de cuando en cuando las fiestas de la vida del apellido, el nacimiento y el cumpleaños y los grados y las bodas de los sobrinos, las visitas de los ausentes, las navidades.

La casa de los padres, aun sin ellos, hace que las familias no se disgreguen, que se mantenga caliente el nido,

que se tenga el recurso del retorno cuando el huyente se cansó de la otra cuadra o de la otra ciudad o del otro país o de su pareja,

el viejo vuelve a encontrarse con el niño que era, con el sol de su calle y con quienes fueron sus padres que son él mismo sentado en su sillón frente a sus retratos. Son las casas las que vuelven al que se fue.

Suele haber sobresaltos en la casa y el corazón de una familia unida cuando a uno de sus integrantes un cangrejo le amenaza con sus tenazas.

Se acude a todos los recursos del poder curativo, amén del cirujano especializado, aquel que salvó de lo mismo al otro cuñado,

reverdecen las oraciones, se impone la actitud positiva para contrarrestar la mala energía.

Me pasa en este momento con la hermanita que más quiero, así a las demás las quiera lo mismo.

La que ha llenado mi vida de gracia por la palabra, la que me ha soplado los temas de mis escritos.

La que hasta última hora mantuvo comunicación con ese mi primer amor que salió volando y lo cazó un cáncer.

Ya viene la cirugía definitiva, de la que estoy seguro que ha de salir indemne porque la ciencia ha avanzado e igual nuestras esperanzas,

pero ella, por si las moscas, como hablaba mi abuela, ha decidido contraer matrimonio (por la iglesia) con su marido.

Saliéndole adelante a su hija Lina, que lo hará en próximos meses.

La ciudad es la misma que dejé cuando me dejaron. Las mismas calles azotadas por los taches de mis tacones.

De pronto algún amigo me pita desde un carro último modelo pero la mayoría se conforma con otros pitos.

No sé si entrar a la iglesia de San Francisco a implorarle al santo la gracia. Antes no creía pero ya creo.

Si le pasara algo a mi hermana la ciudad perdería para mí su razón de ser.

La casa comenzaría a desgranarse como mazorca y todavía no es el tiempo.

Tenemos por delante la aventura de nuestros hijos que ya se van tornando padres como nosotros.

He aprendido que cuando una imploración se hace en forma colectiva, crece la posibilidad de que opere el milagro.

Si algunos de ustedes también creen, y les duele mi sobresalto, les pido el aporte silencioso de una plegaria. Es sencillo. "Señor, no dejes que se nos vaya Mariú."

Hermanita, ya mandé hacer el vestido para entregarte, como hermano mayor, a tu esposo en tus nuevas nupcias. El esposo divino puede esperar.

Bogotá, sept. 3-12